

# Memoria y conciencia de una época

Ricardo Gil Otaiza\*



*Desde su gran obra como memorialista, **Clave histórica de Mérida**, Tulio Febres Cordero rescata diversidad de sucesos, detalles, datos estadísticos, “rarezas”, cronologías, listas de bienes y servicios, plazas, templos, gobernantes, obispos, guerras civiles, edificios públicos, aspectos geográficos y ecológicos, ríos, valles, etc., salvando muchos de esos datos e historias del cataclismo del olvido*

Suele decirse con bastante frecuencia que uno de los principales rasgos intelectuales de Tulio Febres Cordero (1860-1938) fue su afán coleccionista de documentos “raros”, de papeles históricos. Visto de entrada, sin un análisis previo, podría uno estar de acuerdo con ello, y hasta celebrarlo. Como lo celebramos cuando leemos la vida de muchos otros personajes de acá y de otros lugares, en los que hallamos ese rasgo común: guardar, preservar, atesorar documentos, como reflejo condicionado frente a lo que se considera relevante rescatar del paso del tiempo, o como mera constancia de lo acaecido.

En Tulio Febres Cordero (*en los sucesivos TFC*) hallamos a un ingenioso recopilador de textos, de documentos antiguos, de papeles que den luces sobre las raíces de su tierra, para comprenderla y explicárnosla a la vez. Ingenioso, porque en nuestro autor su afán no se queda en el mero acto de coleccionista, como desde siempre se ha afirmado, sino que lo trasciende y se erige en memorialista. Como tal, su indagación se hace historia, muchas veces crónica, pero en ambas circunstancias lo impreso intenta remontar desde lo cualitativo el devenir de su amada ciudad de Mérida y de su región, a través de su imprenta *El Lápiz* y, desde

ella, traducido en multiplicidad de formas: libros, folletos, gacetas y hojas sueltas, entre otras.

Cuando sopesamos la actividad intelectual de TFC y hurgamos para encontrar matices distintos a los ya esbozados, nos percatamos con asombro que no usufructuó dicha información para agregar más peso y brillo a su ya connotada figura de hombre de letras, sino que hace de dicho material una herramienta con la que aborda con gran experticia —por cierto— la historia de su ciudad. Es decir, lo encontrado se hace digno de ser contado como parte de la historia, de allí su trascendencia. Como es lógico suponer, nuestro personaje se aparta del centro del escenario y hace que el hecho histórico se erija en protagonista, en el eje y guía de su trajinar, lo que le imprime a su actuación una dignidad a toda prueba: una transparencia basada en el correcto ejercicio del simple historiador.

Si bien la pasión literaria le llegó a don Tulio por ser “depositario de un linaje de andariegos, místicos y guerreros; con alguna vena o vocación literaria que le vendría por el lado de su padre” —a decir de Mariano Picón Salas, en su texto titulado *Don Tulio, Rapsoda de Mérida* —†, y esto lo impulsó a indagar y olfatear en torno a mitos, leyendas, historias y hablas



Acueducto de Mérida, año 1907. Al Fondo la Hacienda de Tulio Febres Cordero.

del pueblo (muchas de ellas incluidas en los viejos anales culturales nuestros), o desde la oralidad, ello no fue excusa para abandonar su permanente búsqueda y asombro ante el hecho histórico, que le explicara sus constantes preguntas y su curiosidad innata. Es decir: ese eterno abismo que se abre entre lo conocido y lo velado, entre lo amado y lo anhelado.

Se yergue, pues, TFC, en receptáculo de la cultura; en mapa y en territorio a la vez.

Desde su gran obra como memorialista: *Clave histórica de Mérida* (que no pudo concluir del todo porque lo alcanzó la muerte), sin desestimar *Memorias de un muchacho: vida provinciana*, y *Memorias*, nuestro personaje rescata diversidad de sucesos, detalles, datos estadísticos, “rarezas”, cronologías, listas de bienes y servicios, plazas, templos, gobernantes, obispos, guerras civiles, edificios públicos, aspectos geográficos y ecológicos, ríos, valles, etc., salvando muchos de esos datos e historias del cataclismo del olvido.

TFC estaba consciente de la importancia histórica y cultural de su *Clave*, cuya composición inició en 1930 y abandonó en 1938, dos meses antes de fallecer. Por ello, no desmaya un solo instante, en compañía de José Rafael, su hijo menor, y en cierto sentido su continuador literario, en la búsqueda de los datos en bibliotecas y archivos; con parientes y amigos, entre sus propios papeles, en los municipios,

en las iglesias, o en cualquier otro lugar dentro o fuera de su ciudad (valga acotar que el canje fue una de las más importantes herramientas que utilizó don Tulio en su tarea intelectual). En su pequeño estudio nuestro personaje ordenaba pacientemente de manera cronológica todos los papeles y de inmediato se daba a la tarea de escribir sobre cada hallazgo, detallando, escudriñando con lupa de botánico donde el ojo humano no podía percibir el dato preciso. El paso siguiente era la edición.

Varios años después fue tal la cantidad de documentos, periódicos, libros y folletos acumulados sobre el modesto escritorio de don Tulio, referentes a la *Clave*, que tuvo que habilitar espacios de su casa para no quedar literalmente enterrado en una montaña de papel. Pero le urgía concluir la obra, sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Sus menguadas fuerzas atrapadas en una silla de ruedas apenas le alcanzaban para comer y continuar con la tarea, en medio del agudo dolor y del desasosiego que el cáncer gástrico le producía. Tres años después de su fallecimiento (1941) sale publicada la *Clave histórica de Mérida* con un *Apéndice* preparado y agregado por José Rafael, en el que incluyó: *Los apellidos en la nomenclatura geográfica del estado Mérida; Páramos y cerros; Ríos y quebradas, y Valles, cañadas y sitios*.

Como se puede apreciar, la *Clave* es más que un compendio de datos diversos. Constituye la amalgama, la fusión, el ensamblaje perfecto de su trayectoria

† Tomado de: Dávila, L. 2005. *Apología de la merideñidad. A propósito de Tulio Febres Cordero. Estudio Introductorio a la sexta edición de la Clave histórica de Mérida*. Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes. Biblioteca Nacional. Biblioteca Febres Cordero. Alcaldía Bolivariana del Municipio Libertador. Mérida.





Demolición de la Antigua Gobernación

como historiador y de su oficio de escritor. Es la obra en la que nuestro personaje vuelca toda su fuerza y experiencia como memorialista, para legarnos un patrimonio historiográfico de indiscutible peso y valor. Es a través de su *Clave* cómo las generaciones posteriores nos enteramos en profundidad de cuestiones políticas, religiosas, culturales, sociales, económicas y urbanísticas de la Mérida colonial, hasta la pequeña urbe que su autor conoció y amó, sin tener que darnos a posteriori a la compleja tarea de armar nosotros mismos las disímiles piezas de ese gran mosaico que constituye nuestra entidad, con el riesgo inminente de perdernos en la intención por los accidentes propios que suelen acontecer a los documentos históricos: deterioro (e ilegibilidad) a causa de los insectos, la luz y la humedad, extravió una vez que han pasado de mano en mano, y posibles falsificaciones con fines inconfesables, entre otros.

A pesar de haber sido la *Clave histórica de Mérida* elaborada durante un período de más de 8 años, como queda dicho, con las intermitencias propias de los achaques de la edad, y de la terrible enfermedad que no le dio tregua al autor hasta llevarlo al sepulcro, don Tulio no cejó en su empeño, como sí lo hizo con sus *Memorias*, lo que deja claramente establecido su peso específico en el conglomerado de su vasta obra historiográfica y literaria.

Pudo nuestro autor abocarse a la continuación de sus *Memorias*, comenzadas más de dos décadas atrás, y que le reportarían gratificación personal, remembranzas insoslayables, recreación de tiempos felices, y sobre todo una “posteridad” narrada desde la voz de su protagonista. Empero, tuvo más peso su amor por la ciudad y por su tierra, y dejó de lado el proyecto personal de sus *Memorias* para entregarse a una obra que le restó aún más energía a su ya menguado cuerpo.

Tiene la *Clave* la particularidad de ser un ejercicio histórico pleno de sabrosa crónica, de detalles minúsculos, de pinceladas de humor que le confieren (a ese todo espléndido) reminiscencias de un pasado y de un presente —su presente por supuesto—, salpicado de añoranza por la ciudad que fue y que en ese “ahora” se esfumaba inexorablemente en la abstracción de la historia.

Don Tulio deja plasmadas en su *Clave* sus preocupaciones, sus dudas existenciales, su celo frente al dato fidedigno —como expresión de certeza y eficacia de su discurso—, su apego a las cifras, a las fechas de cada suceso, a los nombres de sus protagonistas, que sin querer los eternizaba a través de sus impecables páginas.

El memorialista que fue don Tulio vuelve por sus

fueros y nos entrega en esta *Clave* un extraordinario bagaje que hoy representa —ni más ni menos— un auténtico códice (quizá el primero) de nuestra ciudad y de la región. Ocho largos años constituye, pues, el tiempo necesario para desentrañar la información requerida, profundizar en sus pesquisas, hurgar en los archivos oficiales y en los eclesiásticos, revisar cientos de miles de papeles, para luego transcribir el dato o el suceso hallado, reelaborarlo y editarlo.

No podemos olvidar que en don Tulio confluyen los oficios del escritor y del editor, y ello no es casual a la hora de sopesar la impronta de su descomunal empresa, toda vez que las fuerzas le fallaban y la salud lo obligaba a tomar largos períodos de descanso, y ello se traducía en demora para la finalización de la obra, así como de tensión por la tarea no cumplida.

Otros textos “menores” nos entregó TFC producto de su empeño en guardar la memoria del colectivo. En 1923 publica *Archivo de Historia y Variedades*, proyecto que tenía como meta presentar diversidad de temas de distinto calibre, referentes a sucesos extraordinarios, cotidianidad, datos curiosos, crónicas de la época o de tiempos remotos. En esta primera entrega incluye un título que causó sensación en la ciudad, por tocar un tema —ya trajinado por otras voces, como la de Gabriel Picón Febres hijo, en su libro *Anécdotas y apuntes, 1921*— que formaba parte de la tradición y de las leyendas de Mérida. Se trata de la historia titulada *El alma de Gregorio Rivera*. Al respecto, Ramón Sosa Pérez en su Presentación de la tercera edición del texto nos dice:

Las implicaciones del suceso, narradas por la pluma virtuosa de don Tulio, conmoveron seguramente los cimientos morales de la ciudad y empujaron consecuencias de honda trascendencia que llegaron a la reprobación misma de la iglesia y a la excomunión de don Gregorio de Rivera, victimario del Vicario y Capellán del Convento de Clarisas, en 1739 (p. 11).<sup>‡</sup>

Entre 1891 y 1900 publicó don Tulio, como gacetas y hojas sueltas, una serie de documentos históricos referentes a la independencia de Mérida, Trujillo y Táchira, que posteriormente reunió en un tomo publicado por la Tipografía *El Lápiz* en 1910. Más adelante (1930) los incluyó en el Tomo I de su *Archivo de Historia y Variedades*, y los subtítulo: *Actas de Independencia. Mérida, Trujillo y Táchira en 1810*. En la edición de *El Lápiz* inserta don Tulio una

*Introducción* en la que deja claramente establecido su propósito y el espíritu que lo mueve para acometer tan álgida tarea. Lógicamente, independientemente del carácter del texto (en este caso histórico) el *leitmotiv* es siempre el resguardo de la memoria del colectivo ante la inquina del inexorable paso del tiempo.

Cuando analizamos éste y otros textos hallamos al don Tulio memorialista, indagador, minimalista, escudriñador de “rarezas”, ratón de biblioteca, intelectual ganado al develamiento de la riqueza cultural de su ciudad, educador, jurista, recreador de ficciones, hombre común (¿quién lo pone en duda?), etnógrafo, y lector consumado. Hallamos también a un TFC creyente, cronista, historiador, filólogo, artesano, editor, conversador, inquieto investigador, prosista, tradicionista, coleccionista, compilador, antólogo. En fin, a ese hombre que fue muchos hombres y que no dio jamás reposo a su pluma para imprimirle a su ciudad y a su región el sello de lo trascendente.

Cuando fallece TFC, no quedó todo allí: en la losa fría del cementerio de El Espejo. Su periplo intelectual continuó a través de su hijo José (Pepe) Febres Cordero, que revisó y publicó las *Obras Completas*, y nos impregna de igual forma a nosotros que lo leemos y lo estudiamos. Y seguirá tocando conciencias en las generaciones futuras de merideños y de venezolanos, porque 61 años fecundos, plenos, enardecidos por la fiebre de la escritura y del resguardo de la memoria del colectivo, como fueron los trajinados intelectualmente por este Quijote merideño, constituye una empresa vasta que sobrepasa los límites del tiempo y del espacio histórico lineal y académico, para adentrarse en el terreno de lo inasible, de lo perenne... de lo inmortal.

\*Profesor Titular de la ULA. Investigador.

Ex decano de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la ULA.

Biógrafo de Tulio Febres Cordero.

E-mail: rigilo99@hotmail.com

<sup>‡</sup>Tomado de: Tulio Febres Cordero. (2007). *El alma de Gregorio Rivera*. 3ra. Edición. “El Lápiz” grupo Editorial y de Investigación. Biblioteca Febres Cordero. Centro Nacional del Libro (CENAL). Mérida